

## *Notas sobre la literatura oral entre los árabes*

Hipólito ESCOLAR  
Biblioteca Nacional de Madrid

El concepto literatura, aunque el término venga de letra, comprende tanto la expresión hablada como la escrita. Al parecer, la exigencia para que una expresión merezca el calificativo de literatura es que se haya realizado con arte, concepto complejo por subjetivo. De ahí que haya que ser generoso en el reconocimiento de cualidades artísticas a toda expresión que no tenga una patente de inelegancia o una excesiva oscuridad por dificultades expresivas.

Literaria es, en primer lugar, una obra llena de connotaciones sólo descifrables por una minoría de literatos profesionales o de lectores cultos y eruditos o, al menos, avezados, pero también puede denominarse literaria otra en la que predominen las denotaciones y sea fácilmente comprensible por personas con poca instrucción y formación cultural. En nuestros días las obras del primer grupo ocupan un lugar destacado dentro de la literatura escrita; las del segundo han abundado y abundan en la literatura oral.

Al igual que le sucedió a la vieja retórica griega, que enseñó a los hombres a expresarse bella y convincentemente durante dos mil años y fue considerada hasta época reciente una actividad intelectual superior y noble, la literatura escrita ha caído en un cierto descrédito, como lo muestra la expresión hacer literatura, usada cuando se habla bien de algo sin propósito serio ni convencimiento. Y todo por culpa de los escritores, especialmente de los sedicentes creadores literatos, que gustan de fórmulas y recetas y dan más importancia a los detalles formales que al contenido del mensaje.

En cambio, la literatura oral ni ha caído en abusos ni en desprestigio, aunque no ha ocupado un puesto destacado en la consideración de los filólogos o críticos, y, por lo tanto, merece poca consideración en las historias de la literatura, que se centran en la escrita.

Primero fue la expresión oral, luego la escrita. La escritura surgió como consecuencia de la vida sedentaria, de la división del trabajo y de la creación de excedentes de riqueza a fin de hacer un reparto justo de ésta. Es decir, por necesidades administrativas, para anotar en el debe y haber de cada uno sus saldos económicos con la comunidad. Nació, por consi-

guiente, como una herramienta al servicio de la memoria, y no como un instrumento para la difusión de las ideas, función que adquirió muy posteriormente.

La literatura o, si se quiere, lo que ahora llamamos el contenido del libro, fue oral durante varios milenios en pueblos que habían descubierto la escritura y que cada día la usaban con mayor amplitud, como en los viejos imperios mesopotámico y egipcio. Así tenía que ser, porque la escritura no nació perfecta, sino, muy al contrario, llena de imperfecciones, con unos sistemas complejísimo y herméticos, en los que se integraban antiguos ideogramas con signos utilizados como complementos fonéticos y semánticos. Además, en los imperios neolíticos la sociedad estaba estructurada en clases sociales con funciones específicas y exclusivas y la confección y utilización de los documentos escritos correspondía a la clase de los escribas.

Si esta literatura hubiera sido escrita, el pueblo, las gentes principales y sencillas, habría estado privado de la posibilidad de acceso a ella, con lo que hubieran sufrido el bienestar individual y principalmente los vínculos sociales, por no ser originariamente estética la función de las obras que ahora llamamos literarias, ni siquiera de mero entretenimiento, sino instrumental y utilitaria para cohesionar los vínculos sociales imponiendo creencias y actitudes comunes.

Curiosamente, al parecer, la literatura oral se transcribió en las escuelas sumerias, donde fue utilizada para ejercitación de la memoria, como materia de dictado, para la ampliación del léxico y, finalmente, para que los muchachos conocieran y se familiarizaran con el gran acervo cultural, saberes y creencias, sobre los que se fundamentaba la sociedad. Después se transcribieron poemas y mitos por afán recolector, ante el miedo de que, con los cambios políticos y lingüísticos de los nuevos tiempos, llegara a desaparecer la vieja sabiduría que permitió la configuración social.

Quedaba establecida, así, desde los tempranos tiempos, la división entre literatura oral, viva y asequible a los contemporáneos, y literatura escrita, de gran arcaísmo, sólo inteligible a personas especializadas cuya finalidad no era tanto la difusión como la conservación de su contenido.

Los escribas terminaron siendo los conservadores del pensamiento social, fundamentalmente histórico, y asignaron a la palabra escrita un carácter sagrado, porque lo que expresaba era inmutable, no podía variar, frente a la propensión a aceptar variaciones de las expresiones orales, sujetas, por un lado, a los fallos de la memoria del orador y, por otro, a su fantasía, a su poder creador y a su disposición a agradecer al auditorio, cuyas reacciones y atención estaba advirtiendo.

Siguiendo las indicaciones de los organizadores de este *Homenaje*, vamos a ceñirnos a la Edad Media, y concretamente a los orígenes de la literatura de los árabes, que, por otra parte, guarda un gran paralelismo con la poesía griega. Sus inicios fueron orales; sus producciones, consideradas

magistrales por las generaciones posteriores, y su función, si bien aparece en primer término como recreativa, divertir y amenizar a la audiencia, fue, al mismo tiempo, educativa y sirvió para crear una conciencia colectiva y afianzar los lazos comunitarios. Lo mismo podríamos decir de la iniciación de la poesía castellana.

Entre los árabes preislámicos o de la *chahiliya*, tiempo de la ignorancia en el que aún no se habían producido las revelaciones divinas, la expresión oral logró un elevado grado de perfección, principalmente en la poesía, hasta el punto de que la preislámica ha continuado siendo hasta nuestros días, además de admirada, considerada modélica y base de toda poesía posterior, que ha repetido a lo largo de siglos, machaconamente, situaciones y temas.

Aunque había también una poesía satírica para deshonrar o destruir a los enemigos y otra elegíaca en honor de algún muerto querido, cultivada esta última con frecuencia por poetisas, y no faltaba, si bien sus ejemplos son menores, una poesía sapiencial, la finalidad principal de la poesía era exaltar la gloria del grupo o de alguna persona, por ejemplo, un amigo, y, con más frecuencia, un mecenas.

La belleza de esta poesía, concebida para el halago del oído, sólo puede ser saboreada plenamente por los árabes y, en la actualidad, con la ayuda de notas y comentarios. Se basa principalmente en el ritmo, en la sonoridad y en un léxico muy rico, lleno de sinónimos de nombres de animales y de accidentes del terreno.

No es posible conocer sus inicios, aunque los principales poetas corresponden al siglo VI y algunos entran en el VII y conviven con Mahoma. Pero desde fecha temprana se fijan los temas poéticos, su desarrollo e incluso las metáforas. A las personas que constituían la audiencia les agradaba, aunque no llegaran a entender bien el sentido de las palabras, escuchar una y mil veces las mismas cosas, dichas de manera diferente, referidas al medio en que se desenvolvían, pues ni a los poetas ni a los oyentes les atría la fantasía.

La mayor parte de esta poesía utilizaba como forma un poema llamado *casida*, cuya longitud oscila normalmente entre los 50 y los 100 versos, constituyendo cada uno de ellos una frase con sentido propio, todos con la misma rima, divididos en dos hemistiquios, formados a su vez por varios pies, de acuerdo con uno de los 16 metros que usaban. El nombre de las casidas suele ser el de una consonante, la de la rima, con el nombre del metro cuando el poeta tiene más de una casida con la misma rima.

La *casida*, en la que el poeta es el protagonista o héroe, tiene, en su contenido, un desarrollo uniforme, encorsetado, y muy diferente del de la poesía épica griega y medieval cristiana, por lo que no resistimos la tentación de describirlo. Se divide en tres partes. En la primera, *nasib*, el poeta muestra su tristeza al encontrar casualmente el lugar donde estuvo establecido el campamento, cuyos restos le evocan los momentos gratos que pasó

con su amada, de la que el destino le ha separado. En la segunda, *rahil*, el poeta describe su viaje por el desierto, lo que le permite hablar de la naturaleza hostil, de los animales peligrosos y de la bondad de su montura. Por último, en la tercera parte, aborda el tema, normalmente de alabanza, *madih*, aunque puede ser de vituperio, *hicha*, de una tribu o de una pesona.

Los árabes, como otros pueblos primitivos, pensaban que los poetas tenían poderes sobrenaturales y estaban en relación con los espíritus, los *chinn*, algo parecido a lo que les sucedía a los poetas griegos con las musas. No componían el poema de golpe, sino que iban produciendo los versos ocasionalmente y después los incrustaban en la composición. Como no sabían escribir, tenían que confiarlos a su propia memoria o a la de un discípulo, *rawi*, que les servía de archivo y que, además, como los rapsodos griegos o los juglares cristianos, se encargaba de la recitación pública por lugares diferentes en vida del poeta y también, claro, después de su muerte.

La poesía sólo se transmitía oralmente por ser escasísimos los árabes que sabían leer en el período preislámico. Al igual que en otras sociedades nómadas, no se precisaba la escritura, que se empezó a usar poco antes de Mahoma, para fines públicos, para fijar los derechos y deberes de los miembros de la sociedad. Sólo debían de usarla los comerciantes para su cuentas y quizá alguna que otra vez para el envío de ocasionales mensajes.

A la poesía le correspondió un papel moral, a pesar de que la vida de algunos de los poetas más celebrados y populares no fue precisamente ejemplar. Este consistía en la conservación de la memoria del grupo, la preservación de los mitos y la inculcación de valores y normas sociales: valentía, temple, generosidad, moderación, orgullo, venganza de la muerte de un deudo, hospitalidad generosa para el viajero y cumplimento de las promesas hechas, funciones, por otra parte, que en menor grado desempeñaban las historias sobre los orígenes del grupo y las acciones guerreras, narradas en las tiendas de los campamentos y conocidas con el nombre de *Ayyam al-arab*, «Los días (o mejor, los hechos) de los árabes», que se producían entre dos tribus y que terminaban con la intervención pacificadora de una tercera y el pago de una compensación a la que había tenido más muertos.

También contribuyó a la mejora de la expresión oral de la lengua árabe la actividad de los oradores, que gozaban de gran consideración social porque les correspondía incitar a los combatientes, exaltar las virtudes y glorias de su grupo, ser sus portavoces y defender sus intereses ante otros grupos.

La fácil difusión de la poesía entre los beduinos desperdigados por la tierra hostil fue posible porque, frente a los diversos dialectos utilizados por los habitantes de la Península, la poesía empleó una *koiné* entendida por todos, que, al parecer, se formó, de acuerdo con las ideas tradicionales, partiendo del dialecto hablado en la Meca y en la región del Hichaz, al que se enriqueció con vocabulario y expresiones usados en otros.

Después, porque los nómadas se reunían periódicamente en determinados lugares por motivos comerciales o religiosos, tales como el mercado de Ucaz o el templo de la Meca, la Caaba, o en ocasionales encuentros de caravanas. En estas reuniones hablaban entre sí grupos diferentes, los oradores de las tribus soltaban sus peroratas y, como placer ampliamente gustado, se escuchaban recitaciones poéticas, que alcanzaban mayor importancia en los concursos del mercado de Ucaz, comparables a los juegos olímpicos griegos, pues, para que la gente pudiera acudir, se declaraba una especie de tregua religiosa que garantizaba a los viajeros contra los ataques de los grupos beduinos.

Estos concursos fueron el origen de lo que parece una leyenda, la existencia de las siete *muallacas*, literalmente «colgadas», nombre que se dio a siete poemas o casidas, las más célebres de las anteislámicas, porque las ganadoras en estos concursos eran escritas con letras doradas en grandes lienzos que se colgaban en el templo de la Caaba. Este suceso no es posible por el analfabetismo generalizado.

De ésta, como de toda poesía oral, se ha perdido la inmensa mayoría. Sólo se han salvado unos restos, quizá los más notables, que fueron recogidos ya en tiempos islámicos por los estudiosos preocupados por rescatar del posible olvido la creación más elevada de la cultura árabe, que no desmerecía en calidad, según su entender, de las producciones literarias de los pueblos sometidos, más variadas y antiguas. Naturalmente, el *Corán*, que gozó de la máxima consideración, no fue considerado una obra cultural, sino religiosa.

Estos recolectores, parece claro, inventaron la leyenda de las *muallacas*, tratando de conceder respetabilidad a estos sacrosantos restos paganos, incorporados a la cultura islámica. Consecuentemente han sido reverenciadas a lo largo de los siglos e imitadas métrica y conceptualmente por gentes de tierras alejadas de la Península y con unas condiciones de vida totalmente distintas, como los habitantes de populosas urbes, que son la antítesis del desierto y de la organización tribal.

También pertenece a la literatura oral la gran obra de la literatura árabe, el *Corán*, que significa lectura en voz alta o declamación, y acabó significando la lectura por antonomasia. En él se conservan escritas las revelaciones que a lo largo de un cuarto de siglo le fueron hechas a Mahoma por Dios. Normalmente eran memorizadas por Mahoma y sus amigos, pero a medida que su número y la extensión, por consiguiente, del texto fue creciendo, comenzaron a ser transcritas por personas designadas por el propio Mahoma o por simples voluntarios con el propósito de ayudar a la memoria, no de confeccionar una obra escrita para la lectura individual o colectiva, pues los textos coránicos se recitaban, y se siguen recitando ahora, de memoria. La transcripción por fuerza tenía que ser rudimentaria, probablemente de escasa exactitud, conforme al incipiente desarrollo de la

escritura y de los materiales ocasionales utilizados para escribir, en los que sólo cabían textos cortos.

Hubo una primera transcripción completa, encargada por el primer califa, Abu Bakr, y otra definitiva, ordenada por el tercero, Utmán, que desde entonces es la oficial y la que utilizan los directores de los rezos. Como carecían de elementos de juicio suficientes para adoptar una de las dos ordenaciones lógicas, por orden cronológico o temático, decidieron ordenarlas de acuerdo con su extensión, empezando por las más largas, con la excepción de la primera, que es una oración muy breve, que lleva precisamente el nombre de *fátiha*, apertura, y es muy usada por los musulmanes, que con ella inician sus oraciones.

Quedó dividido en 114 capítulos, llamados suras o azoras, cuya longitud varía ampliamente, entre tres y 286 versículos. Las revelaciones más antiguas, las que tuvieron lugar en la Meca, utilizan prosa rítmica y a veces rimada, son breves, poéticas y apasionadas, con frecuentes exclamaciones, interrogaciones, juramentos, maldiciones y descripción del fin del mundo. Siguen otras más largas y serenas sobre el destino en la otra vida de los que han sido buenos y malos en ésta, con narraciones bíblicas, en las que se muestran ejemplos de la cólera divina, así como anécdotas enigmáticas, destinadas a impresionar la fantasía de los oyentes.

Así como la brevedad y el ritmo facilitaban su aprendizaje de memoria, el lenguaje vivo y directo del *Corán* es un procedimiento eminentemente oratorio, que más que a esclarecer y persuadir se orientaba a la imposición de la creencia, a la confusión del enemigo y al terror del incrédulo.

Las revelaciones de Medina tienen un estilo menos arrebatado, como si se dirigieran más al pensamiento que al sentimiento. Parecen, en vez de mandamientos y exhortaciones, disposiciones, pues con ellas, más que atraer a nuevos miembros al Islam, se pretendía regir la vida de una comunidad ya constituida, y los conceptos debían tener primacía sobre las vivencias poéticas. Su número es muy inferior al de las azoras mequíes, aunque su extensión es mayor y representan una tercera parte del texto. Por su longitud y ritmo apagado hacen pensar en que Mahoma, convertido en jefe del Estado, dictaba, ahora, a un secretario, en vez de dirigirse a una audiencia.

La forma de expresión del *Corán*, que usó la misma *koiné* que la poesía de la *chahiliya*, era conocida por los árabes, quienes, además de la poesía, disponían de otro medio de expresión oral, la prosa rítmica y rimada, denominada *sach*, que se adaptaba muy bien a las características de la lengua y era de fácil recordación. Apareció, quizá, antes que la poesía, en las fórmulas que se salmodiaban durante la peregrinación a la Meca y en los llantos de las mujeres por la muerte de un ser querido, pero su utilización principal era en los vaticinios de los *hakin* o videntes, muy respetados, aunque no eran ni magos, ni hechiceros, ni sacerdotes, sino personas, de uno y otro sexo, que durante crisis extáticas transmitían los mensajes que

les proporcionaba un genio o *chinn*. A Mahoma no le agradaba ser considerado un poeta y menos aún un *hakin*, pues su misión era mucho más elevada, pero sus mensajes aparecían en forma rimada y rítmica durante estados de éxtasis. En cambio, blasonaba de la belleza literaria del *Corán* cuando desafiaba a sus enemigos a recitar algo que pudiera comparársele.

Puede parecer una obra difusa e incoherente, pero hay que tener en cuenta que no fue concebido ni conforme a un plan ni como un libro para la lectura individual y que se fue formando a lo largo del tiempo con revelaciones más o menos largas. También debe recordarse que las palabras dirigidas a un auditorio tienen una ordenación distinta de las que se escriben para un lector. En la charla, en la arenga, en el discurso o en el sermón no es preciso redondear las oraciones, ni seguir una rígida línea de pensamiento. El efecto deseado, convencer o conmover, se puede conseguir mejor con recursos retóricos, como repeticiones y exclamaciones, o con imágenes brillantes, o con la musicalidad de los sonidos y variaciones en el tono de la voz, aunque el oyente no comprenda con claridad el sentido de las palabras, que van más al corazón, al sentimiento, que a la razón.

Si bien en Arabia se mantuvo viva la literatura oral, en los países que constituyeron el Islam surgió una literatura escrita en árabe, de importancia decisiva en la creación de esa enorme y poderosa comunidad musulmana que se extiende por dilatados territorios de Africa y Asia y es compartida por cientos de millones de seres humanos. La unidad cultural de gentes de tierras tan distantes, que habían pertenecido a culturas bien diferentes, fue posible, a diferencia de la unidad cultural árabe anteislámica, sólo gracias a la literatura escrita; primero, a la religiosa, formada por el *Corán*, los *hadices* o tradiciones y los comentarios y complementos coránicos; después, a la transcripción de la vieja poesía del desierto, y, finalmente, a las traducciones de las obras conteniendo el pensamiento, principalmente filosófico y científico, pero también literario, más importante de los pueblos conquistados.

En el Islam no funcionó, al menos con la fuerza que tuvo en Grecia, un tipo de literatura a caballo entre la literatura oral y la escrita. Me refiero a la constituida por obras escritas que no van destinadas a la lectura individual, sino a la audición colectiva, como la poesía épica y la lírica coral, amenizada con el canto y la danza, o el teatro, otro espectáculo educativo, o la oratoria, que sirvieron para configurar al pueblo griego. Por ello, las obras traducidas de esta lengua al árabe fueron obras filosóficas y científicas, las apropiadas para la lectura individual.

Las traducciones no se hicieron espontánea y ocasionalmente, sino de forma sistemática y oficial. Se iniciaron a mediados del siglo VII en Damasco por orden de Muavia, el primer califa Omeya, y se prosiguieron en Bagdad con muchos más bríos durante el califato abbasí, especialmente en el siglo IX, durante el gobierno de al-Mamún, que llegó a establecer una institución, *bat al-hikma*, casa de la sabiduría, en la que vivían, atendidos

generosamente por el califa, especialistas en teología, filosofía, derecho y las diversas ciencias, y traductores conocedores de las lenguas griegas y persa y de su ciencia y literatura.

Esta labor traductora produjo tal grado de desarrollo de la literatura científica y filosófica, que permitió al pensamiento de los pueblos musulmanes estar a la cabeza cultural del mundo durante cerca de medio milenio, y servir de puente entre el pensamiento griego y el occidental, que tomó el relevo en el siglo XIII. Pero, quizá por razones religiosas, quizá también por el carácter inmutable que confirieron a la literatura escrita, a partir de este siglo sobrevivió cada vez más seca y alejada de la realidad y de la vida, frente a la presencia constante y activa de la literatura oral, que ha continuado entreteniéndolo y alegrando a la gente en las paradas de las carabanas, en los descansos de las tareas agrícolas y en los zocos de las urbes.